

---

# Ignacio de Loyola y su tiempo: ubicación histórica

---

*Iván Restrepo M, S. J. \**

---

¿Cómo abordar en un corto espacio un período tan rico en fermentaciones y acontecimientos novedosos cual es la primera mitad del siglo XVI y situar en él de manera significativa la experiencia humana y espiritual de Ignacio de Loyola?

Intentaré hacerlo así. En la vida de San Ignacio uno alcanza a ver tres períodos bastante distintos: el *primero*, hasta los 30 años (su vida público-oculta), es un período “mundano” que abarca toda una *formación de caballero y gentilhombre* junto con las comisiones que se le encomendaron; el *segundo*, es de un hombre ya psicológicamente hecho, pero en profunda mutación espiritual, y va desde los 30 hasta los 47 años, es decir, desde su conversión hasta la fundación de la Compañía de Jesús; período de un Ignacio *orante y penitente, peregrino y estudiante*. El *tercero*, es la última parte de la vida de un hombre maduro humana y espiritualmente y transcurre toda en Roma, de los 47 a los 65 años; es el Ignacio *místico, organizador y superior de la Compañía naciente*.

Lo más relevante de cada uno de estos períodos nos va a servir para ponerlo en parangón con las coordenadas de su tiempo. Pero antes de intentar esto, creo importante tomar el agua desde un poco más arriba y destacar algunas de las corrientes que llegan hasta el estrecho valle del país vasco, donde nace Iñigo López de Loyola en 1491. Sólo algunas corrientes, pues se necesitaría un dominio despótico de la historia, dominio que no poseo, para formarse un cuadro completo de la época. Son unos cuantos brochazos gruesos que nos permitan entrever mejor quién fue y qué hizo Ignacio de Loyola.

---

\* Doctor en Teología Espiritual, Universidad Gregoriana, (Roma). Miembro del Equipo del CIRE.

---

# I El contexto histórico de los siglos XIV y XV

## 1. Un cambio de época

En el trasegar de la historia no es posible fijar cuándo comienza una época. Pero tampoco se puede negar que hay cierto períodos en que el cambio procede a un ritmo más rápido, en los que mucho de viejo decae para dar paso a mucho de nuevo. Uno de estos tiempos es sin disputa el período que va de mitad del siglo XV a mitad del siglo XVI, e Ignacio de Loyola vive intensamente esa primera mitad del siglo XVI. Cuando muere en 1556, los elementos de una nueva época están ya bien configurados. Es la época moderna que se desata con fuerza y en la cual la Compañía de Jesús va a jugarse toda entera, gracias a las características heredadas de su fundador.

Pero ese cambio había comenzado a darse desde antes a muchos niveles. Comencemos por lo más obvio: la población. En el siglo XIII en la Europa centro-occidental había unos 30 millones de habitantes; en el año 1500 son más de 50 millones, a pesar de las mortíferas pestes de los años trecientos. Con el aumento de la población el acontecer histórico se desarrolla en una mayor escala, las guerras son más sangrientas, las sublevaciones sociales ganan en amplitud y violencia, se complican el gobierno y la administración.

## 2. Los cambios económicos y políticos

En la historia económica los siglos XIV y XV marcan *el comienzo de la gran época mercantilista*. El *comercio* se regulariza con el próximo y lejano oriente a través de Génova y Venecia, mientras que el intercambio que fluye entre Inglaterra, los flamencos y los países bálticos tiene por centros a Brujas y Amberes. Y a todo lo largo de la ruta que de Venecia va a Brujas, surgen los mercados continentales. Génova, Brujas, Amberes y sobre todo Venecia, fueron lugares de cruce de los caminos de Ignacio.

La *banca* está en manos de los italianos, a tal punto que "lombardo" se hace sinónimo de prestamista y banquero. Pero no se quedan atrás los sieneses y los florentinos, entre los cuales sobresalen los Medicis. En el siglo XV Italia, tomando el relevo de Francia, es *el país más rico de Europa*. Aun así, es un *país desgarrado e impotente políticamente*. Sus pequeños estados siguen siendo en gran medida dinásticos y feudales. La política de gran estilo tardó en marcar el paso del desarrollo económico y comercial. Francia, por el contrario, después de consolidar su monarquía, se aprovecha de este movido teatro político italiano para amenazar desde allí la supremacía y el dominio del potente emperador germánico.

El *cambio político*, sin embargo, se va produciendo paulatinamente. En lugar de los señores feudales, aparece una jerarquía de funcionarios al frente de una administración centralizada. Este cambio, que se efectuó primero en Francia, fue seguido por España e Inglaterra. A finales del XIV existe ya una burguesía ciudadana, artesana y comercial, y estos burgueses llegan a ser más ricos que los príncipes. Carlos V toma en préstamo el dinero que necesita

---

de los Fugger de Augsburgo, León X de Agostino Chigi y de los florentinos, el duque de Borgoña de sus súbditos flamencos. También a los mercaderes españoles en Flandes habrá de acudir Ignacio en sus años de estudiante en París, para poderse entregar de lleno a los estudios, sin tener que salir a mendigar su sustento.

### 3. Los descubrimientos técnicos

Los *descubrimientos técnicos* del siglo XV no resisten una comparación con los actuales o los del siglo XIX, pero no fue por ello menor su trascendencia histórica. La *brújula* hizo posible alejarse de la costa y emprender largos viajes con la ayuda de las cartas geográficas que ganan en exactitud, y gracias a ellos Europa ensancha el horizonte geográfico y humano de manera inimaginable. La *pólvora* cambia la estrategia militar hasta el punto de que Gonzalo Fernández de Córdoba, general de Fernando el Católico, sea considerado el fundador de la guerra moderna. La *impresión* multiplica en varias veces la propagación del pensamiento y acarrea una “aceleración” de los fenómenos que no ha dejado de crecer, hasta el punto de hacerse hoy amenazante.

Se incrementa el estudio de las *leyes naturales*, que culmina con el descubrimiento del sistema heliocéntrico por Copérnico y que marca la transición a la mentalidad científico-técnica, volcada sobre la naturaleza para conocerla y dominarla. En fin, surge una humanidad más realista, convencida de tener los pies firmemente plantados en la tierra y de haber desgarrado todos los velos; y uno de esos velos es la religión.

### 4. Humanismo y Renacimiento

Nace en este momento un interés inmenso por la explicación del hombre por el hombre. Como su nombre mismo ha querido indicarlo, ¡humanismo es la época del hombre! Con lo cual se produce una enfatización del “ego”. Se buscan los grandes modelos humanos y las fuentes de la cultura y creen encontrarlos en lo clásico, repudiando de paso los despreciados ideales bárbaros. Se va sofocando toda dependencia, bien sea personal, comunitaria, social o eclesial. Se rompe con las vinculaciones y las referencias religiosas y metafísicas, tan propias de toda la Edad Media, teocéntrica y universalista.

La nueva humanidad que entonces despierta se siente atraída por la humanidad clásica y le gusta revestirse de su atuendo antiguo. Pero lo hacen con un espíritu de oposición y de protesta. La consigna general parece ser la de romper todas las cadenas. Convencidos de ser superhombres, se hacen frívolos, pródigos y licenciosos. Los propios representantes de la Iglesia se encontraron ellos también sumidos en esta fermentación de los tiempos. Allí están los Papas del Renacimiento que, desde Sixto IV en 1471 (20 años antes del nacimiento de Ignacio) hasta Clemente VII en 1534 (fecha de los votos en Montmartre), con pocas excepciones, participan de lleno en este movimiento.

El Renacimiento es época de fuertes tensiones y contrastes. Con la visión grandiosa de las

---

cosas y los grandes caracteres coexiste la gran farsa en la política y la criminalidad descarada. Es un tiempo en que se enfatiza la expresión, se apunta a lo estético, a lo artístico. En el fondo, el Renacimiento es un movimiento político, pero que sólo triunfa en su expresión artística y estética.

## 5. Los cambios en la manera de pensar y los cambios eclesiales

Este sentido de novedad venía siendo captado de tiempo atrás por genios como Dante (+1312) que escribía “La vita nuova”. Petrarca (1304-74), padre del humanismo, hablaba del “dolce stil nuovo”.

En verdad, algo muy nuevo comenzaba a despuntar. Eran los gérmenes del mundo moderno que hacían de este siglo XIV un siglo de rupturas. Ockam y Duns Scoto producían un verdadero “cisma filosófico y teológico”, al lado del cisma papal. Petrarca y más adelante Bocaccio serían los predecesores de Erasmo y Rabelais (+1553), en el s. XVI, y Wyclef (+1384) y Hus (+1415), en el terreno religioso, los de Lutero.

El edificio de la vieja cristiandad se resquebraja, por en medio emerge una humanidad que quiere caminar por sus propios pies, sin la tutela agobiante de la Iglesia. La transacción y arreglo entre lo espiritual y lo temporal, representados por la Iglesia y el Imperio, habían sido siempre difíciles y precarios. La constante fricción entre Papa y Emperador recreaba cada cierto tiempo tensiones delicadas, en que cada uno aprovechaba los momentos débiles de su oponente. Pero cuando se enfrentan Juan XXII y Luis de Baviera, esa confrontación se encuentra ya bien respaldada ideológicamente por el Defensor Pacis de Marsilio de Padua, y el Papa se siente obligado a condenarla.

Entre los incontables monasterios, muchos han entrado en decadencia, y las vigorosas y recién fundadas órdenes de frailes dominicos, franciscanos, agustinos, carmelitas, etc. de tan extraordinario florecimiento en el s. XIII, en el XIV ya no son tan creativas; se ahogan en sus privilegios y se enzarzan en disputas entre sí. La situación se torna todavía más difícil por la peste y el cisma. Todo contribuye a que en el s. XIV cunda en la Iglesia la sensación de miedo.

Raimundo Lulio y Guillermo Durando, en sus memorandums enviados al Concilio de Viena en 1312, son los primeros en acuñar aquella máxima que se oír por dos siglos, alcanzando hasta el Concilio V de Letrán (1515) y hasta el mismo Trento (1545): “Reformatio in capite et in membris”.

El canciller Rodrigo López de Ayala así lo describió poéticamente:

*“La nave de Sant Pedro está en gran perdición  
por los nuestros pecados e la nuestra ocasión.  
Acorra Dios aquí con la su bendición,*

---

*que vengan estos fechos a mejor conclusión.  
La nave de Sant Pedro pasa grande tormenta,  
e non cura ninguno de la ir a acorrer,  
de mil e trescientos e ocho con setenta  
así la veo fuerte padescer;  
e quien lo puede non quiere valer;  
e así está en punto de ser anegada,  
si Dios non acorre a questa vegada  
por su misericordia, segunt suele faser.  
Veo grandes ondas e ola espantosa,  
el piélago grande, el mástel fendido,  
el suo gobernalle está enflaquecido.  
La nave es la Iglesia católica santa,  
e el su gobernalle es nuestro prelado;  
el mástel fendido que a todos espanta  
es el su colegio muy noble e honrado  
de los cardenales, que está devisado  
por muchos pecados e muchos desmanos;  
las áncoras son los reyes cristianos  
que la sostienen e la han ya dejado”.*

En 1450 el cisma papal se cierra, pero la Iglesia seguirá arrastrando como consecuencia la idea, o la amenaza, del “conciliarismo”. ¿Está el Papa por encima del concilio o el concilio por encima del Papa? Unificada la sede de Roma, el Papa Nicolás V quiere volver a tomar las riendas del pueblo cristiano. Surgen en esta coyuntura los defensores de la potestad del Papa sobre el concilio, y con ellos un cierto absolutismo papal. Esta atmósfera lleva al Papa Nicolás a reeditar la ceremonia de la coronación del emperador Federico III: irrisoria materialización del viejo sueño medieval; Federico III era una figura muy débil y lucía muy claro que tampoco el Papa era ya el jefe supremo.

## **6. La geopolítica**

La reunificación de la sede romana permitió atender de nuevo a la continua amenaza de los turcos. Expulsados de España, ejercían una continua presión en el oriente. Cuando de veras se toman a Constantinopla, occidente se siente amenazado. Los Papas recogerán esta causa para tratar de unir de nuevo a toda Europa detrás de la empresa de la cruzada. Pero ya cada estado tiene sus intereses particulares y la respuesta a todas las bulas que emitirán todos los pontífices será decepcionante. Se produce una cierta resonancia entre el pueblo, pero los gobernantes obedecen ya a otros intereses. La promesa de viajar a Jerusalén, tan tenazmente mantenida por Ignacio, no es ajena a estos ideales. Para los venecianos valen más los acuerdos comerciales con los turcos que la obediencia a las bulas de la cruzada. E Ignacio sabrá algo de estos vaivenes cuando durante todo un año espera en balde embarcarse para Jerusalén.

---

Salían predicadores de la cruzada y se organizaban colectas con este fin. Pero esas contribuciones con mucha frecuencia no llegaban a su destino y eran causa de un mayor desprestigio papal. Los reyes clamaban entonces por la reforma de la iglesia y amenazaban con la idea de reunir un concilio para curar sus males, y mientras tanto, ejercían una injerencia cada vez más amplia en los asuntos de las iglesias de sus propios países. Y así van esgrimiento, cada uno en su propio provecho estas dos causas de la Cruzada contra los turcos los Papas y de la Reforma de la Iglesia y la reunión del concilio los príncipes.

## **7. Los Papas renacentistas**

Si Nicolás V fue el que unificó el pontificado, con él entran también al Vaticano las tendencias del Renacimiento. Y entran para quedarse. Papas eruditos y constructores que dan esplendor fulgurante a las dependencias del Vaticano, embellecen a Roma, crean la biblioteca vaticana y participan en mayor o menor grado de las costumbres relajadas de sus círculos.

Con Pío II muere en 1464 el último Papa de la edad media, en cuanto a las tendencias “unitaristas” de ver todavía a Europa como la cristiandad. Curiosamente a los pocos días muere también Nicolás de Cusa, autor de la última síntesis medieval válida. Surge entonces una Iglesia fragmentada en iglesias nacionales, con el condimento de un nacionalismo incipiente. Esto acontece aun en países tan divididos como Alemania e Italia. A los italianos los une el sentirse los verdaderos herederos de la grandeza romana. Y a los alemanes los une el sentimiento antirromano. Francia, atendida a la Pragmática Sanción, rehusa inclinarse ante la sede de Roma. España, demasiado ocupada con la expulsión de los judíos primero y la de los moros después, recibe en contrapartida un gran sentido de unidad. Con estas expulsiones masivas nace un cripto-judaísmo y un cripto-islamismo que invita a los reyes católicos a echar mano de la Inquisición, que más adelante añadirá a estas causas la de los “alumbrados”. Por este motivo Ignacio será obligado a comparecer ante ella.

Al pontificado llegan Papas renacentistas mucho más preocupados por todas las intrigas italianas que por las causas verdaderamente universales. Y cuando el pontificado empieza a salir de esa situación, Ignacio llega también a Roma.

## **II Períodos en la vida de San Ignacio**

### **1. Iñigo y su formación de caballero y gentilhombre**

De este período inicial, tan importante en la vida de todo hombre -sus primeros 30 años- quisiera rescatar solamente dos aspectos que me han llamado la atención. Uno, la gran cercanía que tuvo con las cosas del gobierno de Castilla, y dos, el tipo de formación y preparación que pudo adquirir en este largo período.

---

Una constatación inicial: quizás llevados por la descripción demasiado rápida que el mismo Ignacio hace de este tiempo en la Autobiografía, se ha puesto poca atención al tipo de formación que pudo haber recibido y al aporte real de esa preparación para el resto de su vida.

“Hasta los 26 años de su edad -dice la Autobiografía- fue hombre dado a las vanidades del mundo, y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra”. (Aut. 1).

Estos centenarios ignacianos han servido de ocasión para traer a la luz un conocimiento más detallado de lo que pudo haber sido la formación recibida por Ignacio en sus once años en Arévalo. Concretamente me he servido de las recientes publicaciones del P. Rogelio García-Mataeo, jesuita español, sobre este tema de su interés.

Entre los 14 y los 15 años, Ignacio (Iñigo) sale de su casa-torre de los Oñaz-Loyola para ir a vivir en casa del Contador Mayor del Rey, Don Juan Velázquez de Cuéllar. Hasta entonces, Iñigo, el menor de 13 hijos, ha vivido, dentro de su posición hidalga y nobiliaria, sí; pero del campo y en el campo. De las brumas de su estrecho valle nativo pasa al corazón de Castilla. Se ve así trasplantado a una experiencia muy cercana con los asuntos del gobierno.

De los 15 a los 26 años Iñigo va a ser educado como uno de los hijos del Contador Mayor del Reino, y de los 26 a los 30, se va a desempeñar como gentilhombre del virrey de Navarra. Sin duda que en todo este tiempo aprendió mucho más que una tabla de valores mundanos, de pasiones palaciegas o de habilidades en el manejo de las armas. Junto a eso recibió ideales y actitudes cortesano-caballerescas de profundo contenido ético-jurídico y estético-religioso, que de allí en adelante forman parte muy honda de su personalidad, y por tanto de su espiritualidad. En la manera de tratar los asuntos durante toda su vida va a estar subyacente la estructura política, eclesiástica, económica y administrativa de la corona de Castilla, como alguien que vivió once años en casa de lo que hoy llamaríamos su Ministro de Hacienda. Allí tuvo ocasión prolongada de conocer muy de cerca el funcionamiento de todos estos mecanismos.

Don Juan Velázquez de Cuéllar perteneció a la alta burocracia estatal. El cargo de Contador Mayor era considerado como “uno de los seis ‘oficios’ debajo de los cuales anda toda la señoría de estos Reinos”. Y esos seis oficios eran: 1) Rey, 2) Príncipe o Infante heredero, 3) Arzobispo de Toledo, 4) Maestre de Santiago, 5) Mayordomo Mayor y 6) Contador Mayor.

Juan Velázquez era además: maestresala y contador mayor del príncipe Juan, alcaide de las fortalezas de Trujillo y Arévalo, gobernador y justiciero mayor de esta villa y consejero del reino, es decir, todo un burócrata de grandes cualidades. Escogido como testamentario de la reina Isabel la Católica, casado con Doña María Velasco, pariente del condestable de

---

Castilla y muy cercana, tanto de la reina Isabel como de la segunda esposa del rey Fernando, Doña Germana de Foix.

Este Velázquez de Cuéllar fue para Ignacio como un segundo padre y marcó al joven vasco de manera considerable en el modo calculado de proceder, propio de un hombre de alta administración y gobierno, como lo mostró luego siendo general de la Compañía. En carta a un hijo de Velázquez de Cuéllar, siendo ya general, le dice:

*“Vuestra Merced me la hará de darle mis humildes encomiendas, como de inferior que ha sido y es tan suyo y de los señores su padre y abuelo y toda su casa, de lo cual me gozo y gozaré siempre en el Señor”.*

Siendo paje del Contador, lo acompañó en sus diversos desplazamientos a la corte del rey católico. Se orientaba así, no a la milicia en Nápoles, o en Flandes, o en América, como sus hermanos, ni al estado eclesiástico, sino a la vida de estos altos funcionarios que lo encaminarían por la carrera de la administración, la política y eventualmente las armas. Su afición por las armas no sería por oficio sino resultado del espíritu de conquista y lucha propio de estos altos niveles. Todo el que esperaba procurarse un brillante porvenir, no podía conseguirlo sin una buena experiencia de las armas.

Ignacio, que se reconoce como buen escribano, con esa escritura de rasgos renacentistas firmes y elegantes que adquirió en Arévalo, que le gustaba escribir, que más adelante cargará en todos sus viajes con su escribanía, ¿no ayudaría en las actividades administrativas del Contador Mayor del Reino? El Contador tenía todo un equipo de contadores menores y de escribanos. El hábito de escribir era una manifestación cultural de la época renacentista. No es raro pues que se conserven 7.000 cartas de Ignacio, muchas de ellas a reyes, príncipes, arzobispos y que haya dejado instrucciones tan precisas sobre la manera de escribir las cartas. ¿No será esto una reminiscencia de las normas de retórica y elocuencia aprendidas en el “Ars dictaminis”? Su Autobiografía nos dice:

*“Y gustando mucho de aquellos libros, le vino al pensamiento de sacar algunas cosas en breve más esenciales de la vida de Cristo y de los santos; y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia (el cual tuvo quasi 300 hojas todas escritas en cuarto)..., las palabras de Cristo, de tinta colorada; las de Nuestra Señora, de tinta azul; y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano” (Aut. 11).*

Este hábito ordenado de escribir, después de su mutación, se convertirá en costumbre de examen particular detallado y contabilizado, en discernimiento, en método claro en los Ejercicios Espirituales y en la composición de las Constituciones.

Don Juan Velázquez fue, además contador y maestresala del príncipe heredero Juan, hijo de los reyes católicos, muerto prematuramente a los 18 años. Para su educación se trajeron

---

preceptores humanistas italianos y a su muerte, a Don Juan Velázquez se le encarga la construcción del sepulcro. Es el famoso sepulcro renacentista en alabastro, hecho por un escultor italiano, que se encuentra en la Iglesia de Sto. Tomás de Avila, y que fue colocado allí en 1513, es decir, mientras Iñigo es huésped en su casa. Con el sepulcro se pretendía transmitir un mensaje aleccionador según las ideas del contratante. Pues bien, el sepulcro reproduce los rasgos fundamentales de la figura del buen gobernante, como la traían los tratados para la educación del heredero en el llamado “Espejo de Príncipes” cristianos. De cuán profundamente haya calado en la mentalidad de Iñigo el ideal del príncipe cristiano, nos habla la meditación del Rey eternal:

*“Poner delante de mí un rey humano, elegido de la mano de Dios nuestro Señor, a quien hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos los hombres cristianos” (EE 92).*

Eran los ideales humanistas que Iñigo vivió en Castilla y en los que se refleja la figura del “rey temporal”.

Los cuatro libros del Amadís de Gaula, que Iñigo leía con tanto entusiasmo, eran claramente la conversión de un tema artúrico medieval al espíritu humanista del s. XVI. Amadís es el típico héroe invencible del ideal caballeresco, pero al mismo tiempo renacentista: es valeroso, cortés, bizarro, magnánimo, fuerte, amante fidelísimo, socorro de los débiles, instrumento divino en hazañas sobrehumanas. “...Este hará de los soberbios ser de buen talante; éste hará crudeza de corazón contra los que lo merecieran; y aun más te digo, que este será el caballero del mundo que más lealmente mantendrá el amor y amará”.

Es el ideal de llevar al hombre a la realización de toda su potencialidad espiritual y física, tal como plásticamente lo representa el David de Michelangelo; que lleva a un comportamiento *más* exigente consigo mismo y *más* comprometido con los demás. Llama la atención este *más* que aquí aparece y que será conservado por la espiritualidad de Ignacio. Hay un parentesco claro entre el dinamismo del “magis” ignaciano y los ideales caballerescos.

Junto a las virtudes heroicas, el Amadís tiene un profundo sentido de la “honra”. La honra, como ideal renacentista, significa exaltación del individuo y ascenso social y, por tanto, motor de grandes hazañas. Cuando Ignacio arriesga la vida como gentilhombre del virrey de Navarra, dice:

*“Dio tantas razones al alcaide, que todavía lo persuadió a defenderse, aunque contra parecer de todos los caballeros, los cuales se confortaban con su ánimo y esfuerzo” (Aut. 1).*

Por eso caracterizaba él mismo todo este período como marcado por “un grande y vano deseo de ganar honra”. (Aut. 1).

---

El ganar honra era móvil de grandes hazañas, pero también de un puntilloso sentimiento de vanidad. ¡Esta ambigüedad de la "honra"! hace decir a Sánchez Albornoz: "¡El orgullo, la dignidad y la honra! ¡Cuántos magníficos y heroicos hechos individuales y cuántas estulticias se realizaron por los españoles a lo largo de la historia...!". La honra, a la vez acicate de esfuerzo y compromiso y causa de ambiciones sin límites y altanerías.

Quizás de una de esas altanerías desmedidas es acusado Iñigo cuando, con ocasión de los carnavales está de visita en su tierra vasca y es acusado junto con su hermano, el capellán de la Iglesia de Azpeitia. Ambos intentaron evadirse alegando que eran tonsurados. En el juicio se dice: "El antedicho Iñigo nunca llevó tonsura en la forma ya indicada, sino cabellos copiosos y melena larga hasta los hombros inclusive. Item, ha llevado y lleva aún el día de hoy la veste escaqueada y bipartida en dos colores, birrete colorado, espada y otras armas, todo lo cual es contrario a las citadas ordenaciones".

Para valorar este comportamiento del joven Iñigo habría que tener en cuenta que los hombres acudían casi masivamente, llevados por sus padres, a conseguir la gracia de la tonsura clerical. Esto se acostumbraba a fin de tener posibilidad de gozar beneficios eclesiásticos y también para ampararse en el fuero eclesiástico en momentos de emergencia como éste.

## 2. Ignacio orante y penitente peregrino y estudiante

El segundo período de la vida de Ignacio transcurre entre su conversión y la fundación de la Compañía de Jesús; ¡unos 18 años bien vividos! (1521-1539). Es una fascinante peregrinación espiritual, al paso que va recorriendo todos los caminos de Europa. Aquellas largas y solitarias peregrinaciones quedan como símbolo de una tenaz búsqueda del querer de Dios, de una "mística viajera" abierta a los caminos del mundo, cuyos puntos neurálgicos pulsa personalmente. Es así como su espíritu se va abriendo a dimensiones universales, o mejor, es así como sus altas aspiraciones caballerescas se van encamando en los asuntos y problemas del momento.

Todo comienza con aquella gran mutación de su espíritu y de su género de vida, una sobrecogedora aventura espiritual vivida en el solitario y ritmada por momentos muy fuertes, en Loyola y en Manresa. Allí hay que situar el crisol de sus Ejercicios Espirituales. Experiencia interior que desemboca para él en una consigna muy clara: de allí en adelante va a dedicarse a "ayudar a las almas". Mas, para que esa ayuda sea eficaz, se convence de que debe tomar un medio necesario: *los estudios*; y a ellos dedica once largos y grises años, si pueden ser grises las experiencias de quien vive lo ordinario a tal hondura.

Sin duda, es el lapso más rico y contrastante; el más conocido también por haberse centrado en la Autobiografía. Comprende, sin embargo, dos épocas bien diferentes, la de la *oración prolíja*, con Manresa como centro, y la de los *estudios prolongados*, con centro en París.

---

Y, ¿qué relación tienen estas dos etapas con lo que en estos momentos se vive en Europa?

### a. Los Ejercicios Espirituales y la “Devotio Moderna”

En el siglo de rupturas que fue el s. XIV, se produjo también en la piedad cristiana y en la devoción una mutación innovadora. Un movimiento espiritual contrapuesto a los caminos ordinarios de la piedad tradicional, que se propagó desde los Países Bajos en Europa del norte, y que debe ser considerado en estrecha correspondencia con la nueva situación socio-cultural, más en concreto, con la corriente filosófica de Ockam y el nominalismo. Es el vasto movimiento que se conoce con el nombre de la “devotio moderna”, o sea, el estilo de la “piedad actual”.

La moldura de espíritu de estos nuevos “devotos” se caracteriza por ser *interior*, contrapuesta a la mera exterioridad del “*ex opere operato*”; es un movimiento *devoto, afectivo, centrado en el corazón* contra las especulaciones fútiles y vacías de la escolástica decadente; es *ascético, voluntarístico y personal* como el ockamismo; propicia la *imitación de Cristo*, pero reparando tan sólo en sus virtudes, a las que da un tratamiento abstracto; por último, propone un nuevo tipo de *oración retirada y metódica*. Como decía Juan Mombaer, uno de sus mejores exponentes, “todo lo nuestro pase al afecto, pero santo, piadoso, casto, rechazamos todo entendimiento a la cautividad en obsequio de Cristo”. Se profundiza con ello la división entre mística y teología, que todavía mantienen unidas de algún modo los místicos escolásticos Eckhart, Taulero, Suso.

Fue este un movimiento que influyó ampliamente, tanto en los claustros como en el pueblo en general, a través de los escritos y la dirección espiritual “Hermanos de la Vida Común”. Alcanzaría a España por las gentes que, provenientes del norte, recorrían el camino de Santiago y traían consigo sus formas de piedad y sus libros de devoción. Su más conocido exponente, la “Imitación de Cristo” de Tomás de Kempis, se convierte en el libro más leído de la cristiandad. Y así llega también hasta Ignacio que lo toma por libro de cabecera.

Pero hay otras lecturas como acicate de su conversión, como la “Vita Christi” de Ludolfo de Sajonia, un dominico que se ha hecho cartujo. Obra sencilla pero profunda, ricamente tejida de elementos bíblicos y patristicos. Sus capítulos se estructuran según el triple paso monástico de la “*lectio, meditatio, oratio*”, que al llegar a la pasión añade la “*conformatio*”. Este libro, de paso, bastaría para argumentar que la capacidad literaria de Ignacio en este momento es respetable, pues a una persona inculta se le habrían caído rápidamente de las manos sus cuatro volúmenes. Con la impresión de este libro se inauguró la imprenta de Alcalá en 1502 y llegó a tener seis ediciones. Traducido por Ambrosio de Montesino, quien aparece en la pasta entregando el libro a los reyes católicos, dice en el prefacio:

*“Muy poderosos señores,... este libro es para reblandecer durezas antiguas de corazones; es para alumbrar entendimientos y para enderezar voluntades. Es libro que provoca a lágrimas y a todo menosprecio del mundo. Es libro de*

---

*consolaciones entrañables y secretas, de autoridad católica y firmísima. Contiene por orden muy loable el texto de los cuatro evangelistas con hermosura de concordia y con declaración de todo lo que en ellos se contiene”*

Estaba editado a dos colores. Rojas las citas de la Biblia y en azul oscuro el resto.

Recibiría también Ignacio las influencias de la “devotio moderna” a través de los consejos de su confesor Dom Chanones, monje de Monserrat y discípulo de García Jiménez de Cisneros (+1510), el primo del gran cardenal que en 1500 había publicado el “Ejercitatorio de la Vida Espiritual”, resumen simplicado de esta misma devoción.

Es claro que en Ignacio lo más grande son los gérmenes nacidos en la inmediatez de Dios que en aquel tiempo “le trataba de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole” (Aut. 27); lo que que estoy argüyendo aquí no es una dependencia directa y literal de estas fuentes, sino simplemente la participación por parte de Ignacio de una devoción que se generaliza y que él ayuda a lanzar a nuevas metas más apostólicas, haciendo que esa devoción afectiva sirva para percibir el querer de Dios sobre cada persona para cumplirlo.

## **b. Los estudios y las nuevas tendencias**

Pero vengamos a los estudios donde las influencias son mucho más ciertas. En la experiencia espiritual cada uno es inédito, sobre todo si se vive en el apartamiento en que la vivió Ignacio. En este plano espiritual, lo que a él le llamaba la atención y quería respetar en alto grado, era el camino singular por el cual Dios conduce a una persona. Y en esto había en él un trazo ya bien propio de la modernidad.

Tenemos, pues, a Ignacio en su viaje de regreso obligado de Jerusalén. “Y siempre vino consigo pensando qué haría, y al final *se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas*” (Aut. 50). Hasta entonces, esta ayuda la había entendido “sin letras”, desde ahora tomará las “letras” como un medio para lo que se propone y así unirá “virtud y letras”, a condición de no perder nunca de vista el fin para el cual se estudia.

*“Siendo el fin de la doctrina que se aprende en esta Compañía - dirá más tarde en las Constituciones -ayudar con el divino favor las ánimas suyas y de sus prójimos; con esta medida se determinarán en universal y en los particulares las facultades que deben aprender los nuestros” (Const. 351).*

Y ¿qué encuentra Ignacio en los estudios en Barcelona, en Alcalá, en Salamanca y sobre todo, en París? Cuando él inicia su formación académica se vive un forcejeo entre los nominalistas y los humanistas. El nominalismo, derivación de la escolástica, se extendió de Oxford a París y de allí a Alcalá y a los otros centros universitarios. Cuando Ignacio está en París se encuentra con una de sus figuras más representativas, el escocés John Mair, que

---

enseña Artes (filosofía) en Montaigne, su primera residencia. Los humanistas les achacaban el uso de un latín bárbaro y la mezcla de problemas lógicos y teológicos. Por su parte, los escolásticos llamaban despectivamente a los humanistas “gramáticos” o “retóricos”, dando a entender que no tenían competencia para entrar a discutir cuestiones filosóficas.

El humanismo entra a los países de la corona de Castilla a través de Antonio de Nebrija y sus “Introducciones Latinae”, enderezadas en capacitar para la lectura directa de los clásicos, considerada por los humanistas como la base de la renovación cultural. Sin el latín no había medio suficiente para “las artes que dicen de humanidad”, que hacen al hombre ser verdadero hombre.

Allí tenemos a Ignacio emprendiendo los estudios de gramática en Barcelona bajo el bachiller Ardévol según las Introducciones de Nebrija. Comenzó en Barcelona, lo prosiguió en Alcalá, la nueva Universidad renacentista de España, pero sin mucho orden por andar “ayudando a las almas”. Decía el reglamento de la Universidad de Alcalá:

*“...por cuanto Nos habiendo conocido cómo la gramática y retórica son fundamento y puerta de todas las ciencias, sin ella... los estudiantes que a las otras ciencias pasan, irían sin fundamento y defectuosos...”*.

De modo que Ignacio en París repite las humanidades y anota: “y la causa fue porque...hallábase muy falto de fundamentos” (Aut. 73).

Con el tiempo, entre humanistas y escolásticos se fue encontrando una línea de entendimiento, en Francia, gracias a personas como Lefèvre d’Etaples, en España al cardenal Cisneros. Discípulo de Lefèvre fue Sánchez Ciruelo, profesor de Ignacio, hombre abierto y ecléctico. Los estudios de Ignacio entonces se caracterizaron por no estar matriculados en ninguna de las dos corrientes. Si el nominalismo llegaba a París procedente del norte, el humanismo venía del sur, desde la época de Avignon. La Sorbona, por su parte, se conservó como el bastión de la escolástica contra las humanidades. El colegio de Santa Bárbara, donde Ignacio se aposentó seis años con Francisco Javier y Pedro Fabro, fue en cambio considerado como el centro del humanismo parisino.

Más que una discusión teórica, a Ignacio le interesaba el uso que de cada corriente se pudiera hacer, para “ayudar a las almas” y así dice en una de sus reglas “para el sentido verdadero que en la Iglesia debemos tener”:

*“Alabar la doctrina positiva... porque es más propio de doctores como Jerónimo, Agustín, Gregorio, mover los afectos para en todo amar y servir a Dios Nuestro Señor; así es más propio de Tomás, Buenaventura...definir o declarar para nuestros tiempos de las cosas necesarias para la salud eterna”. (Ej. 363).*

Ya decía Petrarca:

---

*“Una cosa es saber y otra amar, una cosa entender y otra querer. Aristóteles nos enseña qué es la virtud, no lo niego, más aquellos acicates, aquellas palabras inflamadas que apremian e incendian el espíritu, para amar la virtud y odiar el vicio, no los hay en sus textos, o hay escasísimos. Quien los busque los encontrará en los latinos, especialmente en Cicerón y en Séneca, e incluso, para sorpresa de algunos, en Horacio”.* (E. García, *El Renacimiento: Humanismo y sociedad*, Madrid 1986, 35).

El hombre y el quehacer humano son el centro de las preocupaciones de Ignacio -y en esto coincide con el humanismo- pero un hombre inserto en un mundo teleológica y teológicamente ordenado. El hombre es el centro, todo está ordenado hacia él, un hombre libre de hacerse a sí mismo y de crear su propia historia, con tal de que elija lo que más conduce al fin para el cual fue creado. Ya decía Pico de la Mirándola en su “*De hominis dignitate*”.

*“No te dimos ningún puesto fijo, ni una faz propia, ni un oficio peculiar, ¡oh Adán!, para que el puesto, la imagen y los empleos que deseas para ti, esos los tengas y poseas por tu propia decisión y elección”.* (Opere, ed E. Garin, Florencia, I, 104)

### **3. Ignacio místico, fundador y superior de la Compañía de Jesús**

En el tercero y último período de la vida de Ignacio todas sus energías y cuidados, todo el bagaje de su formación cortesana, sus años de estudio, pero sobre todo su íntima familiaridad con Dios y su capacidad y experiencia en “ayudar a las almas”, todo está puesto al servicio de ese pequeño grupo de “amigos en el Señor” que ha reunido en la Universidad de París, y que, una vez constituido, se convierte en poderoso foco de atracción para muchos otros. Es el nacimiento de la “mínima Compañía de Jesús”. Preguntémonos, ¿qué significación tenía este minúsculo cuerpo en gestación en la coyuntura eclesial de aquel momento?

La lenta y costosa transición entre edad media y moderna que comenzó hacia el 1300, trajo consigo en la iglesia un estado de desazón al comienzo, que poco a poco fue convirtiéndose en un estado de descomposición moral. Un mismo espíritu de relajación cundió entre el clero, los laicos y en las congregaciones religiosas de todo tipo. En estas últimas el fenómeno fue mucho más sentido y traumático a causa de la vida en común.

Creció “el descontento respecto de la Iglesia oficial, es decir, de la Iglesia jerárquica, a causa de su excesiva riqueza, de la mala gestión de los beneficios eclesiásticos, de su mundanización, de su nepotismo, de su praxis política: todo ello provocado por una estructuración eclesial que partía del centralismo iniciado en la Reforma gregoriana y llevado a límites jamás sospechados, en la época de Aviñón, se había generalizado en la Cristiandad occidental” (J. Alvarez G., *Historia de la Vida Religiosa*, vol. 3, p. 68).

Surgen entonces desde dentro de las congregaciones religiosas movimientos de reforma y

---

de restauración de la observancia original. La historia de la conformación de estas “Congregaciones de la Observancia”, en agrio contrapunteo con los “conventuales”, es la historia del s. XV en la inmensa mayoría de las órdenes religiosas. Este movimiento de reforma es particularmente significativo y eficaz en España, gracias al apoyo de los reyes y de grandes obispos reformadores, como Jiménez de Cisneros y Hernando de Talavera. Por allí se creaba ya una corriente fuerte de reforma en la Iglesia.

Pero al mismo tiempo surgían voces en un sentido más radical de reforma. La solución no era simplemente un cambio de conducta; tenía que venir de una reforma estructural y doctrinal de una Iglesia que se había apartado de los caminos evangélicos. Es el movimiento que en un momento dado Lutero lidera y capitaliza, dando origen a la reforma protestante.

Por lo que hace a la Reforma protestante, con tener facetas de cierto parentesco con la experiencia de Ignacio, le era diametralmente opuesta por el rechazo que hacían de la Iglesia concreta y jerárquica. Y es que la espiritualidad de Ignacio estaba marcada por una profunda inclinación al espíritu encarnado, a causa de su cristocentrismo. No era su mística una exaltación espiritualista, sino una aguda capacidad de ver el espíritu tomando cuerpo en las circunstancias concretas de la vida. Veía la gracia del Señor obrando en y a través de la Iglesia concreta de su tiempo, humilde Iglesia (humilde porque concreta) del hombre Jesús. Una Iglesia que él conocía de primera mano y en todos sus estamentos.

Ignacio fue un profundo reformador de la Iglesia. A los primeros jesuitas los llamaron “clerigos reformados”. Pero el espíritu de esa reforma ignaciana no fue nunca despreciativo de la Iglesia, no fue una reforma “a lo Lutero”, ni siquiera “a lo Erasmo”, ni “a lo Savonarola”. Era un espíritu de reforma que nacía dentro de la Iglesia. No fue, pues, un mero espíritu de contra-reforma.

Ignacio no era un hombre para pensar y sentir *contra*, sino *por* o en favor de. Para convenirse de eso bastaría ver el “presupuesto” que antecede sus Ejercicios Espirituales. Por eso, una vez que se persuade que la causa de alguien no es la de Dios, hará todo lo que esté en su mano para que otros no caigan en esa tendencia, porque lo que en última instancia busca es cómo “ayudar a las almas”, pero no será un atacante *contra*. Es verdad que esta “ayuda de las almas” es como un combate, pero que se pelea con Cristo, es decir, en obediencia y en actitud de servicio. El fin último no es triunfar, sino asimilarse a Jesús. Y el criterio con que llegaba a esa conclusión era la obediencia en la Iglesia visible, pues tenía muy claro que todo espíritu debe medirse con la visibilidad de la Iglesia y con sus derrotos.

Al interior de la Iglesia quedaba pendiente una reforma del clero que había abandonado el ministerio pastoral en todos sus estamentos y que se dejaba siempre para más tarde. Sin embargo, fuera de las congregaciones de observancia, iban surgiendo otros movimientos más en contacto con los seculares. En los círculos asociados al espíritu de las órdenes mendicantes, dominicos y franciscanos especialmente, se fundan cofradías, hermandades o “compañías”, con la doble finalidad de fomentar la piedad de sus miembros y de dedicarse

---

a obras de asistencia a los pobres y enfermos. En la Italia renacentista se vieron incrementados estos grupos por el empuje y la piedad de algunos franciscanos como S. Jacobo de la Marca, S. Juan de Capistrano y fray Bernardino de Feltre. Este último funda el “Oratorio o Compañía del Divino Amor”, en latín, “Societas Divini Amoris”. Una de sus iniciativas más originales son los “montes de piedad”, para defender de alguna manera a los pobres de la usura.

Cuando Ignacio entra en Italia son abundantes estas “compañías” que reunían a clérigos y laicos, que ejercían una cuidadosa selección de sus miembros a quienes sometían a un estricto noviciado. La participación en la hermandad era secreta; sus miembros deseaban ardientemente la reforma de la Iglesia. Esta les imponía un número limitado de miembros, 40 ó 60. En realidad, ya ellas mismas eran una respuesta bien concreta y real en la línea de la reforma requerida.

Precisamente de miembros provenientes de estos grupos nace la idea de formar congregaciones de clérigos que se dediquen plenamente a su apostolado sacerdotal. Al entrar en Italia Ignacio de Loyola, acompañado de otros pocos clérigos -o en vistas a serlo pronto- ha vivido una gestación muy diferente a la de estos clérigos de los “Oratorios del Divino Amor”. Vienen a ofrecerse al Papa para que los envíe donde quiera, entre fieles o infieles. La gente empieza a hablar de ellos como “sacerdotes reformados”. Y cuando se deciden a reunirse en un solo cuerpo, constituyen una mínima “Compañía”, que ellos quieren que se llame la “Compañía de Jesús”.

En la presentación que componen Ignacio y sus primeros compañeros de lo que ellos quieren que sea la Compañía de Jesús, con el fin de pedir la aprobación a la Iglesia, se lee:

*“Cualquiera que en esta Compañía (que deseamos se llame la Compañía de Jesús) pretende asentar debajo del estandarte de la cruz, para ser soldado de Cristo y servir a sola su Divina Majestad y su esposa la Santa Iglesia bajo el Romano Pontífice...”* (Fórmula del Instituto, n. 1).

No estamos aquí ante una literatura piadosa, sino ante la quinta esencia de lo que hoy se llama un carisma espiritual en la Iglesia, estamos ante aquello que muchos han querido descubrir como el gran “secreto de los jesuitas”. Algo sobre lo que no se puede poner la mano y que sin embargo, es la fuente última de innumerables iniciativas selladas con una gran versatilidad y coraje, emprendidas por muchos verdaderos jesuitas que en el mundo han sido.

Esta pequeña Compañía, así fundada, se desplazará con mucha fuerza y con una manera universal de entender su misión en muy variados campos. Entre ellos, las misiones entre infieles y el deseo de poner un dique a la propagación de la Reforma. La Compañía de Jesús tendrá en estos dos campos su más eficaz intervención. Jerónimo Nadal, un jesuita de las primeras generaciones, a quien Ignacio encomendó la tarea de promulgar las Constituciones

---

de la orden, decía después de la muerte de Ignacio:

*“A la Compañía la llevan dos alas, Alemania y las Indias, los herejes y los infieles”*  
(Orationis observationes, 127/324).

Fueron, pues, dos campos privilegiados en los cuales se ejercitó el espíritu de Ignacio. Y con todo, Ignacio no fue el hombre en cuyos pensamientos ocupó mucho tiempo ni lugar el enfrentamiento con Lutero. Parece que tampoco llegó a vibrar por las misiones en las Indias occidentales como vibraba por la misión entre los musulmanes, herencia quizás de sus ancestros castellanos. Sin embargo, ya durante su vida, en 1549, partía para el Brasil una primera misión de jesuitas formada por hombres como Manuel de Nóbrega y José de Anchieta.

Hay muchas otras facetas de Ignacio en Roma, su acción social en ese medio bien particular, lo que será el Colegio Romano y los primeros colegios de la Compañía..., pero sobre estos puntos tendremos otras intervenciones especializadas.